

ensalzamiento del Hijo de Dios; y vosotras, esposas de Jesucristo, alegraos de haber dejado un mundo enemigo de Dios; alegraos de haber dado la mano á un Esposo que confundirá los esfuerzos de la impiedad; no temais, no; por más que conspire la filosofía contra los institutos sagrados; por más trabas que quiera poner á las almas que se sacrifican por Jesus, nada conseguirán; ninguna de las que son llamadas á ser esposas del Cordero dejará de serlo; ninguna de las almas escritas en el libro de la vida perecerá; la Religion triunfará de todos sus enemigos, y miéntras Jesucristo se halle á la diestra de su Padre, aquéllos serán la peana de sus piés; atribulada en la tierra, perseguida y humillada, subsistirá hasta que, coronada de laureles y cargada de trofeos, sea trasladada á la gloria, para entonar por toda la eternidad, y decir con los justos: «Cantemos al Señor, pues ha sido magnificado con gloria, arrojando en el abismo al enemigo, que se fiaba en su poder.» *Cantemus Domino gloriose enim magnificatus est, equum et ascensorem projecit in mare. (Exod., xv.)* Esto os deseo. Amen.

## SERMON

SOBRE

### LA LOCURA DEL INCRÉDULO.

*A veritate quidem auditum avertent; ad fabulas autem convertentur.*

Apartarán su oído de la verdad, y se convertirán á fábulas.

(Timoth., cap. iv. vers. 4.)

¡Qué brillante es el siglo xix del Cristianismo! En él reunidos sacerdotes sábios y celosos, han reproducido, por medio de la prensa, las grandes apologías de la Religion, las inmensas obras de los Padres de la Iglesia, el Antiguo y Nuevo Testamento, con otras sábias producciones del ingenio colosal de autores sapientísimos, cuyos escritos iban casi anticuándose y cayendo en el olvido. En él han salido á luz oradores ilustres que han pulverizado la mentira y aniquilado el error; en él se han estampado miles de libros piadosos y de historias religiosas, para que anden en manos del pueblo y éste quede ilustrado en los sólidos principios de la fé; en él se ha cimentado la gran congregacion de la propaganda, con cuyos fondos, recogidos de la piedad de los fieles; salen á todo el mundo, al Africa, al Asia, á la China y á la América, tan pronto misioneros evangélicos, tan pronto las Hijas de San Vicente de Paul, los que alegres surcan los mares por propagar la fé y el amor divino, aún entre los salvajes de la Oceanía; en él se han creado numerosas asociaciones para reunir la juventud alrededor de los al-

tares y alimentarla con la doctrina del Evangelio y con el Pan de los ángeles; en él se solemnizan las fiestas de los Santos y los misterios sagrados con tanta pompa como hubiera podido hacerse en tiempo de los Dámasos en Roma y de los Teodosios en Constantinopla. Al oír esto, todos habeis dicho ya en vuestro corazon: ¡Siglo de oro! ¡Siglo feliz! ¡Siglo dichoso! ¡Ah! no lo digais, amados míos. Cuanto me habeis oído es verdad, y es una prueba evidente de que Dios protege á su Iglesia perseguida, y suscita hombres en todas épocas que con sus talentos, su heroísmo y su fervor pongan un dique á la mentira y á la herejía; pero entre tanto, preciso es confesar que nunca existió siglo más nefando.

¡Qué dolor! El celo y la caridad inspiró al sacerdocio el gran proyecto de reimprimir con suntuosidad esos grandes monumentos de la literatura cristiana, para ver si consigue apartar de las manos de los hombres otros grandes y numerosos volúmenes que la filosofía incrédula diera á luz, adornando sus doctrinas venenosas con finos caracteres y viñetas exquisitas; el celo y la caridad los movió á escribir historias religiosas, para arrancar á la hermosa juventud otras muchas historias, novelas y romances que la obscena filosofía inventara para abolir, si posible fuera, la moral del Evangelio; el celo inspiró al sacerdocio las misiones extranjeras y las multiplicadas ediciones de la Biblia, con el fin de poner un dique á esos predicantes que envía el protestantismo con la única mision de propagar en la tierra las biblias falsificadas en que está adulterada la Religion; y, por fin, la gran pompa que hoy se advierte en las solemnidades, además de tener el objeto primario de adoracion á Dios, tiene otro, y es el de atraer por ese medio los fieles al templo, de donde los aleja la incredulidad; repetid, pues, conmigo que este siglo es el más desgraciado de todos los que nos han precedido.

Es un siglo incrédulo, que profesa todo error y rechaza toda verdad; en los que nos han precedido, todos han contado sus respectivos herejes y sus épocas de sangre; cuando leemos lo que pasaba en el siglo VI, VII y VIII; cuando consideramos los errores del siglo XVI, ciertamente nos sobrecogemos; no habia más que incendios, asesinatos, raptos, violencias, carnicería y sangre; pueblos y naciones enteras se atacaban y devoraban, es verdad; pero era un pueblo cristiano el que se defendia de los ataques del islamismo; era un pueblo católico que, llamado por su Rey al campo del honor, combatia contra el ominoso sectario, que convidara con la depredacion á innumerables fanáticos, y bajo las banderas de rebelion alistaba á miles de apóstatas; y tal era el valor de los ortodoxos combatientes, tal el fervor de los pueblos, tal la fé de aquellas edades, que mientras unos peleaban, otros se vestian de cilicios y hacian oracion pidiendo al cielo la victoria; tan adictos eran los fieles á las prácticas religiosas, que se vieron á las veces ejércitos de medio millon de hombres que no entraban en batalla sin haber recibido primero la comunión ó la bendición sacerdotal; testigos son los campos del Oriente; testigos Clavijo y el Salado; testigo las aguas de Lepanto; testigos las llanuras de Castilla y los campos de Leon. Hoy dia no hay aquellas guerras; mas en cambio de la paz, la incredulidad ha asentado sus reales en todos los pueblos cristianos, y con la mayor indiferencia miran unos las prácticas religiosas, y con desfachatez niegan otros los dogmas de la Religion; sí, nuestro siglo tiene todos los errores que sucesivamente profesaron los anteriores, y tiene además la incredulidad filosófica que el pasado engendrara con sus sistemas irreligiosos: nuestro siglo es el más infausto, porque ha cerrado del todo sus oídos á la verdad, y se ha vuelto á la mentira: *A veritate quidem*, etc. Para preservaros del contagio, voy á demostraros

esta verdad en tres discursos, manifestando la verdadera esencia de su doctrina de esta época de la gran apostasía de la fé; y sin temor de ser desmentido, diré cuánta es la demencia, cuál el crimen, y cuánta la desgracia del siglo incrédulo. ¿Cuál es su locura? Lo vereis despues de haber implorado los auxilios divinos.

#### AVE MARÍA.

La incredulidad es lo que vanamente se llama filosofía; sus iniciados son espíritus agigantados, que han sacado al mundo de los pañales de la infancia, y encendido la antorcha de la razon, casi extinguida entre las nieblas de la barbarie; miran éstos con desdeñosa compasion á los demás, y llaman espíritus vulgares á cuantos creen y obran como sus padres creyeran; pero yo voy á probar á estos espíritus fuertes que son los más débiles y ciegos del mundo, y que no hay en la tierra un insensato mayor que el incrédulo, ni un hombre más digno, por sus extravagancias, de la risa general.

Es el incrédulo un hombre que desprecia la religion, porque duda que sea verdadera, ó porque está persuadido de que es falsa; no lo dudeis; para rechazar la revelacion es necesario servirse de las armas del raciocinio, ó bien abusando de él para dudar, ó bien reprimiendo las naturales tendencias del entendimiento hácia la verdad, para hacerlo propender á la mentira, negando con obstinacion la existencia de aquélla; estas son las armas del incrédulo, y voy á haceros ver que, sea un hombre incrédulo porque duda, ó sea porque no duda, es un insigne demente.

Supongamos, pues, por un momento que pueda dudar el hombre de la veracidad de la religion, y que, consiguiente á esta duda, tome el partido de no creer. ¿Qué locura no es esta? Duda el impío de la existencia de Dios;

duda de la Divinidad de Jesucristo; duda de su Evangelio; duda de la inmortalidad del alma; duda de las penas y recompensas de la eternidad; y, en caso de duda, ¿no prescribe la razon que hemos de seguir el partido más seguro? Si al transitar de un punto á otro tememos las asechanzas de los ladrones; si al ir á la batalla se sospecha una emboscada enemiga; si al realizar una empresa dudamos de perder nuestra libertad, nuestra vida y honor, ¿no manda la razon que el caminante mude de direccion, que el general explore el campo, y que el empresario no se aventure á una pérdida total por una ganancia parcial y de poca monta? Y si estos hombres se arrojasen al peligro despues de un aviso, ¿no serian reputados como locos y temerarios por cuantos sobreviviesen á su total ruina? ¿Qué delirio, pues, es el del incrédulo? En sus dudas, temerariamente se arroja en el partido más perjudicial; duda de que la Religion sea verdadera, y desprecia sus máximas, sus preceptos, sus amenazas y castigos. ¿Y si lo es? Si es verdad que hay un Dios que castiga al malo para siempre; si Jesucristo es el Juez severo de nuestras acciones; si eternos tormentos esperan á este cuerpo y á esta alma, ¿qué suerte es la que espera al incrédulo? ¡Ah! ¡Duda de los castigos, y se condena á las llamas, al crujir de dientes, á los llantos, al furor, á los tormentos por toda la eternidad! ¡Duda de las recompensas, y se priva para siempre de placeres inefables, de goces infinitos, de gloria y dicha inmortales! ¿Puede darse un extravío mental más pronunciado que el de prevalerse de una simple duda para desafiar al Dios de vivos y muertos, para despreciar sus mandamientos y para arrostrar contra los peligros de una condenacion eterna? Porque, ¿á quién apellidamos loco en este mundo? Loco sería aquél que se atreviese á contradecir á toda una nacion capitaneada por su rey; loco sería el que se arrojase temerariamente en medio de mi-

les de brazos armados de espadas asestadas contra él sólo; loco el que se precipitase en llamas voraces ó en abismos y precipicios, pudiendo vivir pacíficamente entre sus hermanos, ó huir del furor de sus enemigos: por locos son reputados estos hombres, porque pierden de una vez su fortuna, su honor y su vida, pudiendo conservarlas.

¿Lo habeis pensado, amados míos? ¿Lo has reflexionado con detencion, hombre incrédulo que insultas á la Divinidad porque dudas de su existencia? ¡Que no temes ir al infierno porque dudas si lo hay! ¡Ah! No se trata ya de perder una fortuna que los elementos destruyen en un instante, ni de una reputacion que el mundo da á las veces segun sus caprichos, ni de una vida que pasa en la tierra con la celeridad del rayo; se trata de todo tu compuesto, de tu cuerpo, de tu alma, de todos tus bienes, de todas tus esperanzas y de toda una eternidad; y ¿será posible que en asunto tan serio y de tanta importancia, permanezcas en la duda, que emplees la sátira, la risa y el sarcasmo, al hablar de un asunto de una trascendencia sin fin? ¿No deberia el sólo pensamiento sobrecogerte? ¿No deberia poner un coto á tus acelerados pasos con que caminas al abismo? ¿Quizás habeis hecho algun descubrimiento nuevo? ¿Estás cierto de que todo concluye con la muerte del cuerpo? ó si la noble mitad de tu sér vive para siempre, ¿sabes acaso en qué parará? ¿Tendrá que presentarse á juicio? ¿Deberá temer un castigo eterno? Yo ignoro todo eso, responden los incrédulos de nuestra edad malhadada, y no tengo por qué informarme de si es verdad ó no; porque el inquietarse por cosas de esa especie, es lo que llamamos debilidad y supersticion; mirarlas con indiferencia y dudar, es lo que llamamos fuerza de espíritu y filosofía. ¡Ah! ¡qué insensatez!

¿Quién no se irrita al ver la loca arrogancia de estos

hombres que se apellidan sábios, porque se arrojan en medio de los abismos, cubriendo sus ojos con una venda? ¿Quién dejará de dar el nombre de estúpidos á esos que, adulterando el nombre de filosofía, lo aplican á la soberbia ignorancia en que viven de sí mismos, de su naturaleza, de su origen, de la suerte que les aguarda y de los medios que se han de adoptar para preservarse de una desgracia sin límites? Quieren esos mismos hombres que las investigaciones de la ciencia suban hasta el firmamento, que se cuenten las estrellas, que se describan sus movimientos, que sepamos el género, la especie y cualidades de los viles insectos, que estudiemos la historia de los pueblos que pasan como el humo, ¿y no quieren estudiar si hay un Dios terrible, si este Dios nos crió para amarlo en la tierra y premiarnos en el cielo? Si las dudas de estos hombres fuesen involuntarias; si estas cuestiones formidables fuesen discutidas por ellos con sinceridad; si ansiosos de obrar bien se esforzasen por descubrir la verdad, y ésta se les ocultase, nos admiraria su ceguedad, y nos compadeceríamos. Si al ménos en sus dudas abrazasen la via más segura; si respetasen las leyes cuya infraccion puede acarrearles consecuencias tan espantosas, quizá alabaríamos su prudencia; pero complacerse en estas dudas; envanecerse con ellas y prevalerse para abrazar lo más peligroso; vivir como si estuviese probado con evidencia que no hay Dios, ni infierno, ni gloria, ni eternidad; adormecerse voluntariamente en un sueño, del cual pueden despertar en los abismos, es una extravagancia, es un furor, que sería reputado de enajenacion mental, si se tratase de otra materia.

Siendo verdad todo esto, tengo ya probado que la incredulidad es una locura; porque si hemos de hablar con seriedad y de buena fé, ningun incrédulo ha podido pasar de dudar, y por más que haya pretendido amontonar